

BIZARRIA, CABALLEROSIDAD Y NOBLEZA DE TRES CAPITANES ESPAÑOLES

por JOSÉ AUGUSTO OLIVER MARCOS.

A través de la suave caricia de nuestra poesía, tres capitanes españoles en lejanas tierras—Flandes, Perú, Argelia—pregonan y realzan el nervio de un pueblo esforzado que hace de las virtudes su norma de conducta.

I

Veamos en «Flandes se ha puesto el sol», ese drama brioso de Marquina, la majestad de un capitán de los tercios españoles, que arrastra con su arrogante figura la admiración de una mujer enemiga.

Una ciudad en Flandes. Pasan en abigarrado conjunto los tercios de España. Son soldados curtidos por el hábito de la guerra que marchan erguidos al son de roncós tambores y agudos clarines...

«Traen ardiendo en sus plumas bermejas los rescoldos de un bárbaro hogar que no cabe en un reino, aunque es grande y da unos calores que es dulce gustar.»

La dama flamenca contempla el cortejo tras su celosía y hay un gesto en sus labios de amplio desdén a esas tropas audaces que huellan sus tierras y humillan con victorias a sus padres y hermanos... mas se siente atraída por ellos... por ese capitán que monta en airoso caballo, por su capa bermeja que tremola con gracia, por su loriga que presenta mil muescas profundas que marcaron alabardas hostiles y son testimonios de su arrojo y valor, por su porte real y por su varonil empaque.

Le mira arrobada, y en su cortedad sólo acierta muy quedo a murmurar esta frase que tiene arrullos de oración:

«Capitán de los tercios de España...»

Y calla acobardada de su atrevimiento. Ella le seguiría como lo hace ese soldado fiel que camina a su lado; solo por contemplarle y poder admirar su altivez de los suyos renegaría.

El capitán no la escucha; se ríe con gesto condescendiente de las necedades de esa niña de desbordante fantasía. Trota su caballo alazán, la capa encarnada dibuja en los aires caminos extraños; se aleja, y tras él sus soldados, con paso marcial.

¡Pobre chiquilla atribulada! Qué triste quedó por la marcha de aquel hidalgo guerrero al que no pudo admirar como quiso... ya sólo desearía—en un raptó sadista de su pasión—acompañar yerta y sin vida a su bizarro capitán:

«¡Clávame, dueño, tu espada del revuelto gavilán y llévame amortajada en tu capa colorada sobre el caballo alazán»

II

Emilio Carrére, en «La virgen de los últimos amores», se aparta por momentos de su musa funambulesca y fantasmal para plasmar en estrofas llenas de luz y donosura la caballerosidad de un capitán español.

¡Ah! esforzado hidalgo castellano que allá en la lejana España dejó su hogar y amor. Que en aras de su fé soñó con Pizarro en ofrendar un reino a su Dios y a su rey. Todas sus glorias abortadas en el próximo amanecer.

¿Qué importa si fué en una añagaza artera que tentaba su osadía o en una escaramuza que aventó su valor donde los guerreros incas le aprisionaron? Su vida terminó cuando el cruel caudillo indio, irritado por los continuos éxitos de las armas castellanas, que ya amenazaban la fabulosa ciudad de Cajamarca, le condenó a morir. Trágica noche aquélla; en su febril insomnio ¡cómo recuerda la figura de su fiel castellana que suspira por él tras el mar tenebroso!:

«Ojos divinos y claros—de mi gentil castellana, Jazmines de su ventana...—¡Nunca volveré a mirarlos!»

Nunca... y esta palabra recorre su celda angostada y huye por la ventana trapezoidal fundiéndose con los pálidos rayos que la luna le envía, únicos compañeros de su infortunio, que habrán de ser su mortaja sutil en el ara sangrante...

Los únicos, no; una forma vaga y muda se le acerca. ¿Quién es?. Es una niña—casi una niña—que, a empellones, introdujeron en su celda. Viene de Huanuco, del Templo de las Vírgenes del Sol y le ofrece su cuerpo grácil al que voluptuosamente baña el crepuscular reflejo de la luna. Es la doncella de los últimos amores, la que viene a endulzar la postrer noche del condenado a muerte, cumpliendo así un rito de su extraña religión.

Pero el reo, es un español; un capitán conquistador de mundos que aprecia sus triunfos por el esfuerzo que costó coronarlos.

No será él quien macere el cuerpo de aquella virgen azorada que tiembla de pavor en su presencia. Con gesto altivo, con ademán desenvuelto mezcla de orgullo y de reproche le dice este noble castellano:

«En mi patria los amores—de las bellas adoradas, se conquistan entre flores—o se ganan a estocadas.»

Y ante la duda y admiración de la vestal incaica ratifica su caballerosidad invitándola:

«Parte y dile al que prefieres—oh blanca Virgen del Sol cómo trata a las mujeres—un capitán español».

III

En un romance gongorino entrevemos un gesto noble, de hombría y generosidad; un capitán español da libertad a un moro bravo al que prendió con su arrojo y destreza.

Orán. Tarde africana; los rayos del sol deformados por las nubes de un polvo ocre que levantaron cien mil jinetes dan al ocase un aspecto infernal. Dura fué la batalla. Lo pregonan los cuerpos exánimes que hay en la arena. Alquiceles moriscos, de indefinible color, arneses desvencijados, espingardas quebradas, dagas toledanas... todo revuelto en extraña mezcólanza donde jugó la muerte. Dura fué la batalla. Muchos eran los infieles, más que arenas tie-

ne el desierto; pero los españoles les aventajaban, si no en número, sí en valor y temeridad... por esto vencieron...

Cómo suspira el fiero caid cautivo que lleva en su grupa ese capitán castellano. Valiente es el moro; pero el cristiano dispersó a sus zenetes y le prendió al intentar detenerles...

«Conmovido el capitán—de las lágrimas que vierte parando el veloz caballo—que paren sus males quiere.»

El no está acojido por la humillación de verse cautivo, pues no es esclavo quien hizo lo imaginable por no serlo. El piensa en su casa, donde le espera una bella mulsumana de ojos profundos como misterios orientales...

«extremo de las hermosas»

como dice con pasión este capitán de cien zenetes.

El capitán español ya comprende sus suspiros; también siente sus sollozos:

«Si eres del Amor cautivo,—desde aquí puedes volverte; que me pedirán por robo—lo que entendí que era suerte.»

Capitán español, corazón noble y generoso, venciste con tu espada y con tu gesto. Bello rasgo que hace postrar a ese moro inflexible a tus pies; que te ensalza con gratitud:

«Vivas mil años, le dice,—noble capitán valiente, que ganas más con librarme,—que ganaste con prenderme.»

* * *

Bizarria, caballeridad y nobleza, flores que adornan al soldado español, que aureolan su figura, que destellan brillantes, desde el remoto campo de batalla y llegan a la poesía, lenguaje de los dioses.



IDEARIO EXTREMEÑO

Para mal siempre hay dineros, || para bien todo es estrecho.

ROMERO DE CEPEDA.

Cuando se comienza a transigir sobre un principio, ese principio comienza a perder su imperio sobre las sociedades humanas.

DONOSO CORTÉS.

Yo que bellotas comí || y pan y galletas vos, gusanos ambos a dos || nos han de comer aquí.

DIEGO SÁNCHEZ.

Ha pasado un paraguero

Ha amanecido una mañana de luz vieja, parda de pizarra y humos; una mañana compostelana, llena de goteras, de un gris de tierra o hueso, de color de fraile. Es una mañana sin vientos ni distancias, de un cielo bajo, barroco y sucio, como una frente preocupada, con nubes o ideas de yeso... Lluve en paz, con finísimas lentitudes, en un retardado hilvanar del tiempo... Visto el día tras los cristales empañados de mi ventana, trasparece con lejanía de pecera dando gracia y quitando líneas al contorno de los transeúntes... Poco a poco, la luz se enhuera y huele como una luz corrompida, pero la paz y el silencio se hacen más hondos...

Pasa un campesino denso, arropado, barbudo y basto, como un rey go-go... Suena su andadura como un almadreño falsificado... Frente a mi ventana, zarpa el trasatlántico de un rascacielo, punteándose de luces y embrujándose en la llovizna con su carga de sueños... Es un día inacabado como un pollo en su vitelo... Todo inclinado y enrejado en lluvia, parece obstinado en hacerse arpa y sonar...

...Pasa un paraguero-lañador, con su aljaba y su gavilla de paraguas viejos a la espalda... Se para en la esquina próxima y nos avisa a todos de su oficio y sus favores... Tiene una voz enjugada de todos los vientos y un mirar tostado de luces de todos los caminos... Toda su humanidad está transida de lejanías que tiemblan en su voz... Te he escuchado conmovido, paraguero, y no sé por qué yo también parece que tiemblo... He sabido ahora que yo también tengo vocación de lañador y paraguero, que he viajado en un andar sin fin, con una aljaba de ideas y de sueños sobre el corazón... He sabido...

Yo estaba enfermo de rumbos, hasta sentir el corazón como una ardiente margarita de caminos, ávida de ser deshojada por una mano del azar... Todo el sér se me iba, galopando sueños, frenéticos de prados de pena, de arroyos pensativos, de nubes de azúcar, de montes encendidos con muslos y mejillas nacarinos... A la embestida de los horizontes, rodaban dentro de mí los paisajes mareados con un ingrato mareo de turismo... ¡Qué turbio todo!... ¡Cuánta visión sin ternura!... ¡Qué sabios y andamiados, con todas las ortopedias de las guías y las lecturas, eran todos mis viajes, aun en sueños!...

Ahora, oyendo tu voz y viéndote ahí, en la esquina, con magra sencillez de quien obedece sonámbulo a su vocación de peregrino y nunca aspira a «estar de vuelta», siento yo la nostalgia de esa sencillez y esa vocación de andar... Todo yo me siento nudo cardinal de rutas y senderos, con hambre de pausadas marchas, en sosegadas, rítmicas andaduras, para saber, para aprender de tí a gustar, grano a grano, los racimos de paisajes...

...Ya sé andar, andar... ¡Y sin saber adónde!, con redondo gozo de errabundo estricto... Y sé ya ir extirpando soledad en los rincones del paisaje, donde crece viciosamente, con solo presentar la mía... Como ya sé ir destruyendo silencios y silencios con éste que me mana dentro... ¡Qué vertical y